

Cuatro memorias en la obra de Jorge Luis Borges

Luis Kancyper

Luis Kancyper, médico psicoanalista, miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina y de la Asociación Psicoanalítica Internacional

Dirección: Güemes 2963, 10°- (1425) Buenos Aires- República Argentina. E- mail: kancyper@uolsinectis.com.ar

*La memoria es individual.
Nosotros estamos hechos,
En buena parte, de nuestra memoria.
Esta memoria está hecha,
En buena parte, de olvido.*

J. L. Borges (1979), El tiempo

La obra de Jorge Luis Borges posibilita echar una mirada original a ciertos psicodinamismos que intervienen en la configuración de la memoria y del olvido.

Su obra resulta ser, en gran medida, una denuncia y a la vez un alegato. Denuncia el poder secuestrador de la memoria imperante de otras generaciones que suelen alienar a los individuos en una historia de otros que no les conciernen, y los retienen fatalmente en un laberinto clausurado al cambio. Por otro lado, su obra constituye un alegato en defensa de una memoria liberadora tanto para el sujeto como así también para los pueblos

Para T.S. Eliot, la memoria opera como una clave para ingresar con esperanza en un renovado acto de liberación, mientras que en la obra del autor de El Aleph la mayoría de sus personajes permanecen inexorablemente abrumados y con desesperanza, bajo el peso agobiante del poder de una memoria excesiva e impuesta.

Dice Eliot en “Cuatro cuartetos” (1943):

*La historia puede ser servidumbre
La historia puede ser libertad.
Ve, ahora se esfuman, las caras y los lugares con el
yo,
Cuando pudo, los amó, para tornarse
Renovados, transformados, en otro diseño.
Esta es la utilidad de la memoria, para la liberación
No disminución del amor, sino expansión del amor
Más allá del deseo, y así liberación del futuro
Tanto como del pasado.*

Entre los pliegues de la “cambiante forma de la memoria que está hecha de olvido” (Borges, 1983) distingo cuatro memorias: la del rencor, del pavor, del dolor, y la memoria del esplendor.

Mientras que las memorias del rencor y del pavor permanecen refractarias al olvido, al perdón y al trabajo del duelo (Kancyper, 2003), las memorias del dolor y del esplendor integran al pasado en una diferente reestructuración afectiva espacial y temporal y propician al mismo tiempo el duro, lento e intrincado trabajo de elaboración de los duelos.

Sarlo (2007) sostiene que contra todo fanatismo, la literatura de Borges persigue



un ideal de tolerancia y de confrontación con las creencias cristalizadas desde el fondo de los tiempos.

Este rasgo emerge de ficciones, donde las preguntas sobre el orden en el mundo no se estabilizan con la administración de una respuesta; por el contrario, los temas fantásticos de Borges son la arquitectura que organiza dilemas filosóficos e ideológicos. Si la defensa de la autonomía del arte y del procedimiento formal es uno de los sustos de la poética de Borges, el otro (conflictivo y asordado) es la problemática filosófica y moral sobre el destino de los hombres y de las formas de su relación en sociedad (p.15).

Estimo, desde una mirada psicoanalítica, que las invenciones ficcionales borgeanas posibilitan además visualizar los dilemas psíquicos invisibles que atormentan con ironía y escepticismo a sus personajes. Una forma del escepticismo en los personajes borgeanos toma la forma de expresión que el orden individual y social resulta insondable. No hay posibilidad alguna de que los hombres puedan alterar las reglas que gobiernan su devenir. Por lo tanto, resulta imposible contrarrestar las causas y fuerzas que promueven un destino herrumbrado. Los arcanos del orden individual y social son enigmáticos, sus obstáculos son infranqueables y, por ende, permanecen retenidos en el seno de laberintos invencibles. Los personajes borgeanos descreen en la posibilidad de poder realizar cambios psíquicos.

Mientras que el psicoanálisis, la “ciencia del anti-destino”, intenta, cifrando una cierta esperanza, poder descifrar algunos de los múltiples mecanismos inconscientes que intervienen en la configuración de los conflictos psíquicos para contrarrestar así el tiempo circular repetitivo.

Los temas de la invención borgeana fluctúan entre la esperanza utópica y la des-

esperanza del escepticismo, entre la idealización extrema y una inexpugnable desilusión.

Durante las cuatro décadas que separan a Funes el memorioso (1942) de Herman Soergel, protagonista de su último cuento La memoria de Shakespeare (1982) se libran en el mundo interno de los personajes borgeanos batallas ambivalentes entre “la memoria que elige y que redescubre y el olvido que purifica” Borges (1981).

Fatalmente, los personajes borgeanos no pueden olvidar ni amnistiar sus afrentas narcisistas y traumas escindidos, permanecen vencidos por el poder acechante de una memoria impuesta, lo cual reabre un interrogante acerca de cuál sería la capacidad transformadora de las actividades sublimadas para propiciar ciertos cambios en la realidad psíquica de los creadores.

Soy (1975)

*Soy el que pese a tan ilustres modos
de errar, no ha descifrado el laberinto
singular y plural, arduo y distinto,
del tiempo, que es de uno y es de todos.
Soy el que es nadie, el que no fue una espada
en la guerra. Soy eco, olvido, nada.*

El narrador borgeano, frente a su imposibilidad de historizar la caótica resignificación del pasado, intenta desmentir los influjos provenientes de la memoria apelando entonces al “instante”, como un intento de aprehender el sentido temporal sin continuidad con el pasado ni con el futuro. Se vive humillado al no poder desasirse en sus memorias de los espectros que lo acechan sin tregua.

En las invenciones narrativas de Borges el individuo y la sociedad se hallan predeterminados por leyes no identificables que establecen un orden contrario a toda posibilidad de cambio, o que responden a un azar cuya excentricidad y extravagancia es tan fuerte como la determinación. En cualquier caso, los hombres no pueden alterar sus destinos,



y las reglas que gobiernan al mundo son inaccesibles a sus súbditos.

El protagonista borgeano permanece así retenido como un rehén en su propio laberinto de escepticismo y es precisamente esta desesperanza la que comanda al masoquismo moral y necesidad de sufrimiento que suelen determinar que ciertos “sujetos borgeanos” sean renuentes a aceptar la teoría y práctica del psicoanálisis.

En algunos casos inician un proceso terapéutico, pero con facilidad se estructura con el analista un baluarte borgeano que obstaculiza la dinámica del campo analítico. En otro texto (Kancyper, 2010) describí la presencia de un baluarte kafkiano en la situación analítica como un severo reto resistencial para el ejercicio de nuestra disciplina. Pero ¿en qué se asemejan y en qué se diferencian ambos baluartes? Se asemejan en la desesperanza. En el baluarte borgeano la desesperanza del analizante se acompaña de ironía y de escepticismo, en la de Kafka, en cambio, la desesperanza genera negativismo y somatización. Un interrogante frecuente que cuestiona la práctica psicoanalítica es aquél referido a si un sujeto mendaz puede ser analizado. Me pregunto si un sujeto escéptico puede instalarse en un proceso analítico, porque para llevarlo a cabo el analista requiere tener como aliada a la pulsión de saber del paciente y el deseo de librarse de los padecimientos, acompañado de una esperanza básica que propicie la revisión de sus diversas memorias conscientes e inconscientes. El analizando debiera tener, además, una suficiente disposición tendiente a reelaborar su verdad histórica, para poder así diferenciarla claramente de su realidad actual, con la convicción de poder lograr un cierto cambio psíquico dentro de lo posible.

El poder de las cuatro memorias: servidumbre o liberación

A continuación me dispongo a diferenciar cuatro memorias: del esplendor, del rencor, del pavor y del dolor. Sus diferencias resultan ser elocuentes y sus efectos suelen determinar, en gran medida, la identidad del individuo y de los pueblos.

En la memoria del esplendor los recuerdos de la historia vigorizan las tres dimensiones del tiempo. El esplendor de esta memoria se basa en el hecho que la dimensión del pasado ilumina con su resplandor al presente y, al mismo tiempo, el futuro se reabre con un sentimiento oceánico y mágico a la vez.

Podemos pensar que la memoria del esplendor guarda cierta semejanza con la imagen borgeana del Aleph. Es un acontecimiento témporo-espacial, en el que conviven en un momento y espacio de fulgor y felicidad los tres tiempos cronológicos sin aparente superposición ni contradicción.

En “El poeta y la escritura” Borges pone de manifiesto la fugacidad de la felicidad que participa en la memoria del esplendor:

La poesía se ha dedicado en buena parte a lamentarse; yo diría que hay un solo poeta que ha cantado la alegría presente, es el gran poeta español Jorge Guillén. Uno siente que él está cantando, que al escribir se siente muy feliz.

En general se ha preferido deplorar la felicidad perdida, paraísos perdidos; en cambio Guillén ha hecho, hace gustar esa maravillosa proeza de cantar la felicidad presente, cosa que nadie parecería haber hecho. Porque en el caso de Whitman uno siente que se impuso la tarea de ser feliz, pero que posiblemente fuera un hombre desdichado. Y quizá la desdicha sea mejor material que la victoria, porque la derrota es mejor material que la victoria, porque la derrota tiene que ser transformada en otra cosa, la desdicha también. La felicidad, en cambio, es un fin en sí misma y no necesita ser cantada; ya es una suerte de canto la felicidad. Sus visitas son tan fugaces que debemos agradecerlas cuando llegan.

Uno debe aceptar esas rachas de misteriosa felicidad y agradecerlas de igual



modo que uno debe aceptar siempre la dicha, la amistad, el amor, aunque se sepa indigno de ellos.

La memoria del esplendor pletórica de alegría, belleza e inmortalidad se diferencia de las memorias del rencor, del pavor y del dolor.

En efecto, mientras que el pasado arroja luz en la memoria del esplendor al presente y futuro, en las memorias del rencor y del pavor el pasado eclipsa a las otras dos dimensiones del tiempo. En la memoria del rencor, presente y futuro permanecen hipotecados para reivindicar a un injusto pasado que se reinfecta por el accionar de los resentimientos y remordimientos incandescentes y compulsivos (Kancyper, 2010).

En esta memoria diferenciamos dos tipos diferentes: la memoria del rencor comandada por resentimientos y remordimientos conscientes y manifiestos (Emma Zunz, 1949; Leyenda, 1969; Remordimiento por cualquier muerte, 1974; El remordimiento, 1976), de aquella otra memoria del rencor en la que los resentimientos y remordimientos se hallan latentes, encubiertos o enmascarados (Funes el memorioso, 1942; Sherlock Holmes, 1984; La memoria de Shakespeare, 1982;).

En la memoria del rencor prevalece la esperanza reivindicatoria. En cambio, en la memoria del pavor, las reminiscencias traumáticas empantanar al presente y futuro con un pertinaz sentimiento de desconfianza. El presente no se vive como un verdadero presente, lo que implicaría un anclaje actual y perspectivas de futuro.

El mnemonista del pavor es un forastero acosado de los caminos. No puede permanecer ni pertenecer en un lugar y en un tiempo sostenidos, le resulta imposible entablar vínculos confiables.

Jorge Luis Borges en su poema "El amenazado" describe ese mismo destino infausto del mnemonista del pavor que, como

pasajero en tránsito, peregrina en busca de un futuro perdido. Este poema, escrito en 1972, sería, en gran medida, un lamento de amor por el amar imposible. El narrador borgeano no puede establecerse en una relación de amor confiable porque resulta ser rehén de la pavorosa memoria del "horror de vivir en lo sucesivo".

Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir.

Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz. La hermosa

máscara ha cambiado, pero como siempre es la única. De que me servirán

mis talismanes: el ejercicio de las letras, la vaga erudición, el

aprendizaje de las palabras que uso, el áspero Norte para cantar sus

mares y sus espadas, la serena amistad, las galerías de la Biblioteca,

las cosas comunes, los hábitos, el joven amor de mi madre, la sombra

militar de mis muertos, la noche intemporal, el sabor del sueño?

Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.

Ya el cántaro se quiebra sobre la fuente, ya el hombre se levanta

a la voz del ave, ya se han oscurecido los que miran por las ventanas,

pero la sombra no ha traído la paz.

Es, ya lo se, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz, la

espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo.

Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.

Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.

Ya los ejércitos me cercan, las hordas.

(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)

El nombre de una mujer me delata.

Me duele una mujer en todo el cuerpo.

Borges pone en evidencia en el poema "El forastero" (1966) la fugacidad incesante



del mnemonista del pavor que, como un jinete que nunca encuentra su propio sosiego, cabalga entre el infierno y la gloria “Porque el Far West abarca el planeta y se espeja en los sueños de los hombres que nunca lo han pisado”. Describe con tristeza el desencuentro permanente “de un hombre cuya verdadera vida está lejos”.

El forastero (1966)

*Despachadas las cartas y el telegrama,
camina por las calles indefinidas
y advierte leves diferencias que no le importan
y piensa en Aberdeen o en Leyden,
más vívidas para él que este laberinto
de líneas rectas, no de complejidad,
donde lo lleva el tiempo de un hombre
cuya verdadera vida está lejos.
En una habitación numerada
se afeitará después ante un espejo
que no volverá a reflejarlo
y le parecerá que ese rostro
es más inescrutable y más firme
que el alma que lo habita
y que a lo largo de los años lo labra.
Se cruzará contigo en una calle
y acaso notarás que es alto y gris
y que mira las cosas.
Una mujer indiferente
le ofrecerá la tarde y lo que pasa
del otro lado de unas puertas. El hombre
piensa que olvidará su cara y recordará,
años después, cerca del Mar del Norte,
la persiana o la lámpara.
Esa noche, sus ojos contemplarán
en un rectángulo de formas que fueron,
al jinete y su épica llanura,
porque el Far West abarca el planeta
y se espeja en los sueños de los hombres
que nunca lo han pisado.
En la numerosa penumbra, el desconocido
se creará en su ciudad
y lo sorprenderá salir a otra,
de otro lenguaje y otro cielo.*

*Antes de la agonía,
el infierno y la gloria nos están dados;
andan ahora por esta ciudad, Buenos Aires,
que para el forastero de mi sueño
(el forastero que yo he sido bajo otros astros)
es una serie de imprecisas imágenes
hechas para el olvido.*

El destino del sujeto apresado por la memoria del pavor se halla regido por el accionar inconsciente de angustias de desvalimiento y de muerte que no alcanza a domeñar, a diferencia de la angustia de castración que comanda a la memoria del dolor.

En ésta no se olvida al pasado, pero se lo admite y acepta lo perdido como lo irre recuperable y resignable, lo cual posibilita el pasaje al presente y a un futuro posibles no idealizados. En la memoria del dolor el pasado deja de ser presente para transformarse en experiencia pasada, ya que sólo de esta manera se lo puede considerar como una experiencia útil frente al presente.

La memoria del dolor “por supuesto no le pone fin al dolor, el dolor continúa, continuará y debe continuar en cierto modo, cada momento de dolor es un momento de contacto con la persona que amé” Grossman (2012).

En cambio, el mnemonista del rencor se posiciona como una pretenciosa e injusta víctima por las frustraciones padecidas. Frustraciones, promesas e ilusiones incumplidas que lo legitiman detentar un poder soberbio y reivindicativo, generando en la dinámica del campo intersubjetivo una tensa atmósfera de crispación, que suele exteriorizarse de un modo compulsivo a través de la queja, el litigio, el reclamo, el reproche y la revancha.

El mnemonista del dolor, a diferencia del mnemonista del rencor y del pavor, asume, por un lado, la pérdida de una vana esperanza planetaria, y por otro lado, la asunción de una otra realidad menos idealizada pero más acotada e imperfecta.

En el poema “1964” Borges enfoca en cámara lenta la existencia del dolor y de la tristeza que se presentifican durante el trabajo de elaboración de un duelo normal.

1964

*Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna*



*Ni los lentos jardines. Ya no hay una
Luna que no sea espejo del pasado,
Cristal de soledad, sol de agonías.
Adiós las mutuas manos y las sienes
Que acercaba el amor. Hoy sólo tienes
La fiel memoria y los desiertos días.
Nadie pierde (repites vanamente)
Sino lo que no tiene y no ha tenido
Nunca, pero no basta ser valiente
Para aprender el arte del olvido.
Un símbolo, una rosa, te desgarras
Y te puede matar una guitarra.*

II

*Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
Un instante cualquiera es más profundo
Y diverso que el mar. La vida es corta
Y aunque las horas son tan largas, una
Oscura maravilla nos acecha,
La muerte, ese otro mar, esa otra flecha
Que nos libra del sol y de la luna
Y del amor. La dicha que me diste
Y me quitaste debe ser borrada;
Lo que era todo tiene que ser nada.
Sólo me queda el goce de estar triste,
Esa vana costumbre que me inclina
Al sur, a cierta puerta, a cierta esquina*

En la memoria del dolor se posibilita aprender el arte del olvido, y la apropiación del dolor puede convertirse entonces en una fuerza dinámica capaz de propiciar la reconstrucción de un sentido propio y comunitario.

(Elegía, 1984; Abramowicz, 1984).

En efecto, los duelos comandados por el dolor y no por el rencor ni por el pavor habilitan al sujeto a dar eficazmente vuelta la página de su historia repetitiva, posibilitando entonces la aparición de un nuevo comienzo, porque en la memoria del dolor la pérdida del objeto se transforma – trabajo de duelo mediante – en una ausencia asumida (Pelento, 2010).

En las memorias del pavor y del rencor, en cambio, la carcoma de ambigüedades y

de asintóticas esperanzas reivindicatorias paralizan el trabajo de elaboración de los duelos y los objetos perdidos no se ausentan jamás: insisten y acechan de un modo repetitivo y, como consecuencia, las posibilidades de olvidar, de perdonar y de innovar permanecen interceptadas.

Augé (2011) otorga una función fundamental al olvidar. Señala que “es necesario; tiene un papel muy activo. Porque lo que se olvida va dibujando las formas de lo que se olvida. Es como un trabajo de escultura. Lo que queda no es un recuerdo, simplemente, sino un recuerdo trabajado por el olvido”.

La definición del olvido como labor de cincelado del recuerdo toma otro sentido en cuanto se percibe como un componente actuante y secreto que opera en la configuración de la propia memoria. Borges señala precisamente este delicado balance ente el recuerdo y el olvido en su poema “Un lector” (1969):

*...Mis noches están llenas de Virgilio,
Haber sabido y haber olvidado el latín
Es una posesión, porque el olvido
Es una de las formas de la memoria, su vago sótano,
La otra cara secreta de la moneda...*

En efecto, el olvido y la memoria se dan en forma conjunta y se condicionan recíprocamente como el anverso y reverso de las monedas..

Pero el fugitivo del pavor como así también la víctima y victimario del rencor se regodean en una memoria que los atenaza y que no pueden olvidar, que no pueden mantener a distancia del consciente. Ambos permanecen fatalmente abrumados por el ojo avizor de una memoria centinela, memoria vigilante en el personaje borgeano “*que lo acecha, que le impone las miserias de cada día, la condición humana....Me acecha en los espejos, en la caoba, en los cristales de las tiendas....Bebes el agua de mi copa y devoras mi pan. Soy su viejo enfermero; me obliga a*



que le lave los pies" (Borges, El centinela 1972).

Los menmonistas del pavor y del rencor permanecen inquietos en el umbral de una irrefrenable huida y despedida. Siempre se están yendo: "*touch- and- go*".

Precisamente, en *Diálogos de vida y de muerte* (1980), Borges señala la relevancia de la despedida: "Quizás, el momento de la despedida es el momento más intenso en la relación entre dos personas. Cuando uno se despide de alguien, uno está más con esa persona que si uno la ve vulgarmente. Al mismo tiempo uno sabe que ésa es la última vez. Quiero decir que en la despedida se dan a la vez la máxima presencia y la máxima ausencia, ¿no?" (p. 36).

Así, en las memorias ominosas del rencor y del pavor, los vórtices de angustias desgarradoras y las heridas del alma refractarias a la cicatrización capturan al sujeto y lo fijan a la fatalidad de un inquebrantable y clausurado destino de sufrimientos y errancias.

En efecto, los sujetos apresados por el rencor y/o por el pavor permanecen varados en una suerte de un "duelo sin fin", no se instalan ni se comprometen afectivamente: son los desterrados.

El desterrado (1975)

*Alguien recorre los senderos de Ítaca
y no se acuerda de su rey, que fue a Troya
hace ya tantos años;*

*alguien piensa en las tierras heredadas
y en el arado nuevo y el hijo
y es acaso feliz.*

*En el confín del orbe yo, Ulises,
descendí a la Casa de Hades*

*y vi la sombra del tebano Tiresias
que desligó el amor de las serpientes,
Y la sombra de Heracles*

*que mata sombras de leones en la pradera
y así mismo está en el Olimpo.*

*Alguien hoy anda por Bolívar y Chile
y puede ser feliz o no serlo.*

Quién me diera ser él.

En este poema el narrador borgeano expresa su dolor y pavor por no poder pertenecer y permanecer en un lugar con felicidad. Se presenta como un desterrado de los caminos y a la vez manifiesta un hondo pesar por su anhelada y frustrada paternidad.

A diferencia de las tres memorias: del pavor, del dolor y del rencor, la cuarta memoria, la del esplendor, se halla comandada por el sentimiento de la alegría que amplía la copertenencia del sujeto de ser Uno con el Todo.

Recordemos que "desde el punto de vista etimológico, lo más llamativo de nuestro término alegría es su relación con las nociones de agilidad, velocidad y vivacidad que encierra su antecedente, el latín clásico *alacritas*. El español mantiene *alacridad* que significa júbilo, hilaridad, regocijo, alegría y presteza del ánimo para hacer alguna cosa" (Bordelois, 2006, p.158).

En la memoria del esplendor el ápice de la alegría, de la trascendencia y de lo eterno se manifiesta como una bella epifanía y reabre la dimensión temporal del futuro.

Señala Sontag (2002):

Lo bello nos recuerda la naturaleza como tal, lo que está más allá de lo humano y lo hecho, de ahí que estimule y ahonde nuestro sentido de la verdadera extensión y plenitud de la realidad, tanto inanimada como palpante.

Al parecer, la belleza es inmutable, al menos cuando se encarna – se fija – en forma de arte, porque es allí, en el arte donde mejor se encarna la belleza como idea, como una idea eterna.

La belleza no es superficial, sino profunda; a veces es más oculta que obvia; más consoladora que inquietante; más indestructible, como el arte, que efímera, como en la naturaleza. La belleza, aquella convencionalmente edificante, perdura.

En la memoria del esplendor se registra además la presencia de un sentimiento singular de religiosidad, no de religión. De



un “sentimiento oceánico” señalado por Roman Roland y citado por Freud en 1930, en *El Malestar en la cultura*:

Es un sentimiento particular que preferiría llamar sensación de “eternidad”; un sentimiento como algo sin límites, sin barreras, por así decir “oceánico”. Este sentimiento-proseguía-es un hecho puramente subjetivo, no un artículo de fe; de él no emana ninguna promesa de pervivencia personal, pero es la fuente de la energía religiosa que las diversas iglesias y sistemas de religión captan, orientan por determinados canales y, sin duda, también agotan. Sólo sobre la base de este sentimiento oceánico es lícito llamarse religioso, aun cuando uno desautorice toda fe y toda ilusión (pág.65).

En la memoria del esplendor el universo parece teñirse de eternidad. Para el autor de “*El Aleph*” la búsqueda del tiempo ha llevado a la más bella invención humana, la idea de eternidad que Borges califica de “espléndido artificio amorosamente deseado por los poetas”.

Borges se pregunta (1979):

¿Qué es la eternidad? La eternidad no es la suma de todos nuestros ayeres. La eternidad es todos nuestros ayeres, todos los ayeres de todos los seres conscientes. Todo el pasado, ese pasado que no se sabe cuándo empezó. Y luego, todo el presente. Este momento presente que abarca todas las ciudades, todos los mundos, el espacio entre los planetas. Y luego, el porvenir. El porvenir, que no ha sido creado aún, pero que también existe.

Los teólogos suponen que la eternidad viene a ser un instante en el cual se juntan milagrosamente esos diversos tiempos. Podemos usar las palabras de Plotino, que sintió profundamente el problema del tiempo. Plotino dice: hay tres tiempos y los tres son el presente. Uno es el presente actual, el momento en que hablo. Es decir, el momento en que hablé,

porque ya ese momento pertenece al pasado. Y luego tenemos el otro, que es el presente del pasado, que se llama memoria. Y el otro, el presente del porvenir, que viene a ser lo que imaginan nuestra esperanza o nuestro miedo.

El tiempo vendría a ser un don de la eternidad. La eternidad nos permite vivir sucesivamente (pp.86-87).

Pero por otro lado, la memoria del esplendor hace algo más en su afán de plasmar una totalidad y eternidad sin fisuras: descubre también la grieta y la ausencia, aquello que se ha perdido irreversiblemente: las omisiones y los deseos insatisfechos de una existencia, los proyectos frustrados, descubre aquello que fuimos y aquello que no fuimos, lo que algo en el pasado debió suceder y no sucedió, alguna cosa que en un tiempo ya lejano se dijo o no se dijo, o que se dejó entrever pero no acabó de manifestarse. Esta memoria del esplendor representa, en definitiva, ese lado cóncavo de la vida en donde se pone en evidencia la totalidad de lo presente y de lo infranqueablemente faltante.

Claudio Magris (2011) nos revela que para él lo más impactante en la obra borgueana es, precisamente, su capacidad de decirnos lo que no somos, y esa verdad lo ha fascinado y ha catalizado el desarrollo de su escritura “es que él nos hace entender que la grandeza es lo que nosotros no somos: mi gloria son los libros que he leído, no los que he escrito”.

Estimo que este reverso de la memoria del esplendor sale a la luz en un poema con título en inglés “*Things That Might Have Been*” que significa “Cosas que podrían haber existido”. “En este erudito y caótico catálogo hay dos cosas que lo perturban especialmente al poeta: el amor no compartido, el hijo que no tuvo. El tono elegíaco, intimista de Borges llega aquí a su punto más triste” (Rodríguez Monegal, 1985, p.474)



Things That Might Have Been (1977)

*Pienso en las cosas que pudieron ser y no fueron.
El tratado de mitología sajona que Beda no escribió.
La obra inconcebible que a Dante le fue dada acaso
entrever;
Ya corregido el último verso de la Comedia.
La historia sin la tarde de la Cruz y la tarde de la
cicutu.
La historia sin el rostro de Helena.
El hombre sin los ojos, que nos han deparado la luna.
En las tres jornadas de Gettysburg la victoria del Sur.
El amor que no compartimos.*

*El dilatado imperio que los Vikings no quisieron
fundar.
El orbe sin la rueda o sin la rosa.
El juicio de John Donne sobre Shakespeare.
El otro cuerno del Unicornio.
El ave fabulosa de Irlanda, que está en dos lugares a
un tiempo.
El hijo que no tuve.*

Real y efectivamente, estas son el anverso y reverso de la memoria del esplendor, pero también su potencia devastadora porque obliga a hacer las cuentas y confrontar con la totalidad de lo más íntimo de nuestro ser: aquello que somos y aquello que nunca seremos, junto a los otros presentes y ausentes que amamos y odiamos, y cuyo peso resulta casi siempre insoportable. Pero por otro lado, y al mismo tiempo, esta memoria del esplendor relanza a la vez la dimensión prospectiva del tiempo y mantiene sus nexos con el concepto de revuelta de Kristeva.

El significado de la palabra revuelta tiene origen sánscrito y quiere decir pasar hacia atrás y volver hacia el futuro. El sentido profundo de la revuelta tiene que ver con revalorizar los antiguos valores para que surjan otros, nuevos". Apunta a cómo reapropiarse del pasado, pensarlo, para recrear algo nuevo. Preservando entonces una memoria fuerte de la elaboración y transformación de lo ya acontecido, pero que no es nunca una negación del tipo: "estoy en contra y mato eso", sino que tiende a

una reestructuración del pasado y a su aceptación e integración dentro de un renovado proyecto" (2011).

En efecto, en la memoria del esplendor confluyen las tres dimensiones del tiempo, celebrando entre sí un diálogo de amistad. En esta memoria intervienen las comparaciones propiamente dichas, en las cuales la pulsión epistemofílica (Wissbegierde) aporta una ganancia en entendimiento dentro de la complejidad del saber. Al comparar lo diferente y lo semejante se generan nuevos efectos que multiplican los afectos, pensamientos y actos, en contraposición a las comparaciones patogénicas que se hallan regidas por el accionar de la pulsión de apoderamiento (Bemächtigungstrieb) que, desde una posición verticalista, promueve megalomanía en el sujeto que compara, generando crueles efectos destructivos de la identidad en el otro.

En la memoria del esplendor, el pasado pierde su carácter de inquietante extrañeza (Freud, 1919). Podemos graficar esta situación mediante la escena del visitante que al explorar los sitios arqueológicos transita al mismo tiempo por los senderos de la inmortalidad y deambula además, entre la inmortalidad del ayer y el movimiento más móvil como es lo propio de su cuerpo que se desplaza "entre" la hostilidad y la hospitalidad de los espacios y tiempos históricos. Y es precisamente en ese "entre" en el que transcurre su recorrido como huésped de la historia y de la arqueología, cuando suele surgir una imagen creadora original y en cierta medida originante que cuestiona lo establecido e incrementa los sentidos de las palabras y de las cosas.

Así, en las ruinas arqueológicas la hostilidad envidiosa de lo muerto deviene en una cierta hospitalidad, y el visitante intenta aprehender el indetenible flujo temporal capturándolo en una fotografía.



En la plasmación de una imagen fotográfica se celebra una victoria: la de Eros sobre Tánatos. Instante jubiloso de la fotografía en el que se triunfa y sobrevive a los efectos devastadores de Cronos.

El sujeto en la memoria del esplendor coparticipa de las pesadillas y sueños de los siglos, asume e integra las huellas del pasado que dejan sus marcas e inexorables influjos en las generaciones posteriores y al mismo tiempo asiste al advenimiento esperanzado de una cierta innovación en el porvenir.

Borges nos presenta la relevancia de las memorias del esplendor y del dolor en su último poema "Los conjurados" (1983) en el que aboga por restituir un sentimiento de multiplicada amistad y de una fraternidad sin fronteras.

Los conjurados

*En el centro de Europa están conspirando.
El hecho data de 1291.
Se trata de hombres de diversas estirpes, que
profesan diversas religiones y que hablan en
diversos idiomas.
Han tomado la extraña resolución de ser razonables.
Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus
afinidades.*

Referencias:

- Arendt, H. (1996) : *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- Augé, M. (2011). La vida es un evento muy especial en *Revista ADN del Diario La Nación* del 4 de febrero 2011.
- Bordelois, I. (2006). *Etimología de las pasiones*, Buenos Aires, libros del Zorzal.
- Borges J.L (1923). Remordimiento por cualquier muerte, en *Fervor de Buenos Aires, Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.33.
- Borges J.L (1944): Funes el memorioso, *Ficciones*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.485.
- Borges J.L (1949): Emma Zuinz, *El Aleph*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.564.

Fueron soldados de la Confederación y después mercenarios, porque eran pobres y tenían el hábito de la guerra y no ignoraban que todas las empresas del hombre son igualmente vanas.

Fueron Winkelried, que se clava en el pecho las lanzas enemigas para que sus camaradas avancen. Son un cirujano, un pastor o un procurador, pero también son Paracelso y Amiel y Jung y Paul Klee. En el centro de Europa, en las tierras altas de Europa, crece una torre de razón y de firme fe. Los cantones son ahora veintidós. El de Ginebra, el último, es una de mis patrias. Mañana serán todo el planeta. Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético.

Antes de concluir, deseo señalar que las líneas de demarcación que se trazan entre las distintas memorias son claras, pero en ciertos momentos resultan menos nítidas, porosas y suelen difuminarse.

En efecto, las memorias del esplendor, del rencor, del pavor, y del dolor coexisten y conservan sus propias huellas en el palimpsesto mnémico que porta cada sujeto y cada pueblo. Haría la salvedad, sin embargo, que la superposición de las mismas y la prevalencia de unas sobre las otras es inestable y se modifica como el fluir oscilante del tiempo-río de Heráclito.

- Borges J.L (1964): Poema 1964 en *El otro, el mismo* en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.920.
- Borges J.L (1966): El forastero en *El otro, el mismo* en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.922.
- Borges J.L (1969a): Leyenda, *Elogio de la sombra*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.1013.
- Borges J. L. (1969b) "Un lector" en *Elogio de la sombra*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pág.1016.
- Borges J.L (1972) a: "El amenazado", *El oro de los tigres*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé 1987, pág.1107.



- Borges J.L (1972) b: "El centinela", *El oro de los tigres*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1987, pág.1115.
- Borges J.L (1975a): "Soy", *La rosa profunda*, Buenos Aires, Emecé 1996
- Borges J.L (1975b): "El desterrado", *La rosa profunda*, Buenos Aires, Emecé 1996.
- Borges, J.L. (1976): "El remordimiento", en *Obra poética*, Buenos Aires 1977.
- Borges, J.L. (1977): "Things That Might Have Been" en *Obra poética*, Buenos Aires 1977, pág.533.
- Borges, J.L. (1979): "El tiempo" en *Borges Oral*, Buenos Aires, Emecé Editores, Editorial Belgrano, 1979.
- Borges, J.L. (1980): en *Diálogos sobre la vida y la muerte*, Heker L, Buenos Aires, Aguilar, 2003.
- Borges, J.L. (1981): Poema en *La cifra*, Buenos Aires, Emecé, 1981.
- Borges J.L. (1982): La memoria de Shakespeare, Buenos Aires, Emecé, 2004.
- Borges J.L (1983a): "Los conjurados", en *Los conjurados*, Madrid, Alianza, 1985.
- Borges J.L (1983b): "Lo nuestro", en *Borges en Clarín 1980-1986*, Textos seleccionados pág.15.
- Borges J.L (1984 a): "Elegía", en *Los conjurados*, Madrid, Alianza, 1985.
- Borges J.L (1984 b): "Abramowicz", en *Los conjurados*, Madrid, Alianza, 1985.
- Borges J.L (1984 c): "Sherlok Holmes", en *Los conjurados*, Madrid, Alianza, 1985.
- Eliot T.: (1943). Cuatro cuartetos, en *Diario La Nación* del 25 de noviembre de 1988.
- Freud S. (1919): *Lo ominoso*, Buenos Aires, Amorrortu, T.VII
- Freud S. (1930): *El malestar en la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, T.XXI.
- Grossman D. (2012): Escribir la vida en *Revista ADN del Diario La Nación* del 27 de abril 2012.
- Kancyper L. (2003): *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*, Buenos Aires, Lumen,
- Kancyper L. (2010): *Resentimiento terminable e interminable*, Buenos Aires, Lumen.
- Kristeva J.: (2011). El lenguaje de la revuelta, *Revista Ñ del Diario Clarín* del 12 de noviembre.
- Magris C. (2011). El relato del tiempo, en *Diario La Nación* 9 de abril.
- Pelento M (2010): Perder de vista, perdiendo de vista, *Revista de Psicoanálisis de APA* LXVII, nº4.
- Rodríguez Monegal E.(1985) : *Ficcionario*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Sarlo B. (2007): *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Seix Barral.
- Sontag S (2002):. Acerca de la belleza, en *Diario La Nación, Cultura y Nación* 21 de julio.

